



Roberta Garza

La voz de las mayorías

Mary Robinson, la esposa del hoy ex primer ministro irlandés, es la última de una larga lista de personas que en público se desgañitan por la moral y las buenas costumbres para en privado acabar encamadas con el ahijado dándole de nalgadas y gritándole *who's your mommy*.

Esto es cierto de manera particular en un México que se precia de ser moderno pero que, en realidad, es profundamente conservador y atávico; no se explica de otra

manera la andanada de congresos locales que, con la ayuda de un priismo capitaneado a contrapelo de sus creencias personales por Beatriz Paredes, han penalizado el aborto en sus estados. Está claro que esa postura fue tomada no con base en supuestos principios morales sino en lo que Paredes y el PRI creen ser las preferencias de su electorado. Pero eso no convierte a la iniciativa en buena o en válida: en encuesta hecha por GCE más de la mitad de los capitalinos aprueban el matrimonio homosexual, pero 70 por ciento reprueba las adopciones por parejas gays. Esto también refleja la opinión de los mexicanos, como quiere confirmar la oportunista consulta del PAN. Pero, ¿debe por eso sentarse jurisprudencia, aunque estas opiniones mayoritarias estén basadas en prejuicios históricos?

Tanto Robinson como Paredes ostentaron un discurso conservador contra sus inclinaciones naturales porque creyeron que así ganarían popularidad; esto a Robinson le dejó de funcionar cuando la pescaron en la cama con un chamaquito a quien, encima,

dotó generosamente de dineros públicos. A Beatriz no le va a funcionar porque si bien se dice que la gente no tiene memoria tampoco

es asunto de cambiar de la noche a la mañana el orgulloso huipil por el sumiso delantal. Lo que estoy tratando de decir es que a nadie le importa qué tipo de dildo se metan por qué orificio, que aquí el problema de fondo es que el verdadero hombre —o mujer— de Estado gobierna para todos con base en la razón, la ciencia y la experiencia, y no sólo para los que creen o asumen una misma superstición, o viceversa. La pregunta que debemos hacernos es, ¿debemos permitirle a nuestros políticos normar, de acuerdo a sus creencias, o a las creencias de las mayorías, cuando esto va contra la salud pública?

Lo bueno es que, si no lo pensamos demasiado y acabamos bajo el garrote de nuestros usos y costumbres, siempre estarán los gringos para liberarnos por las armas como lo están haciendo en Haití, o como han hecho una y otra vez en esas terribles repúblicas islámicas de Medio Oriente, ¿no? ■■

roberta.garza@milenio.com

México, que se precia de ser moderno, en realidad es conservador, no se explica de otra manera la andanada de congresos locales que, con la ayuda del priismo, han penalizado el aborto

